

En el poema «San Martino del Carso» compara el paisaje desolado después de la batalla, con el de su interior: «Mas en el corazón/ no falta ninguna cruz// Mi corazón/ es el país más desgarrado». El viaje de la vida se reanuda en «Naufragios», que finaliza con esta oración: «Cuando me despierto/ del deslumbramiento de la promiscuidad/ en una clara y atónita esfera// Cuando mi peso me sea ligero// El naufragio concédeme Señor/ de aquel joven día al primer grito». El cuerpo ligero del poeta se abandona como un objeto a la deriva, a pesar de manifestar su creencia en una patria, en su poema «Italia», en plena guerra, se considera un nómada «abandonado en el infinito leopardiano», buscando «un país inocente» que no existe. Su infancia real se había escondido en un país perdido, los recuerdos y nostalgias de la antigua patria (la ciudad de Lucca) son imposibles de reconstruir físicamente. Nada puede anclar la vida, todo se carga en el viaje (deseos, nostalgias, recuerdos, el pasado, el porvenir). El poeta conoce ya el origen y el fin, ¿qué le queda? En la vida, como en esta ciudad amurallada de Lucca, «no se está mas que de paso./ Aquí la meta es partir».

En *La alegría* es donde el autor lucha más contra la destrucción métrica, cincelandos sin desmayo la palabra.

En *Sentimiento del tiempo* se agrupaban los poemas escritos entre 1919 y 1935. Este libro apareció en 1933 y la edición definitiva se publicó en el año 1936. Abarca un primer apartado denominado «Primeras» y otros como «El fin de Cronos», «Sueños y acordes», «Leyendas», «Himnos», «La muerte meditada» y «El amor». En este poemario aflora de nuevo la métrica: el endecasílabo, el eneasílabo y el heptasílabo.

En «Primeras», Ungaretti escribe los primeros-últimos poemas de juventud. La primavera de la vida se ha terminado: «Oh juventud,/ Acaba de pasar la hora de la despedida». Y con ella, «Astrales nidos de ilusión». Lo que queda es la melancolía, el silencio, el desierto y la noche (en «Oh noche»). Otra imagen sobre el paso del tiempo la muestra en el poema «Paisaje» que lo divide en cuatro partes siguiendo el desarrollo del día (Mañana, Mediodía, Tarde y Noche) y de la vida: «Todo se ha extendido, se ha apagado, se ha confundido./ Silbidos de trenes alejándose./ De pronto aparece, ya sin testigos,/ también mi verdadero rostro, cansado y desilusionado». En «El final de Cronos» el tema del tiempo resurge con un vigor más descarnado: «Tiempo, fugitivo temblor». La muerte, asunto central también de «La muerte meditada», da paso al alma que se pierde en la oscuridad. Pero también en estos poemas hay un erotismo vital, una recreación en la belleza, la experiencia carnal de la edad madura. En «Sueños y acordes» busca la serenidad ante los desasosiegos vitales y mortales, y lo busca en el paisaje en donde presiente sombras de todos los tiempos que se juntan en un mismo espacio. En el apartado «Leyendas» incluye el poema dedica-

do a la muerte de su madre. Es un poema de dolor, pero también de esperanza. Confía en reencontrarse en el más allá con ella, quien, además, será su intercesora ante Dios: «...me darás la mano./ ...Estarás como una estatua delante del Eterno/ ...Y sólo cuando me haya perdonado,/ Tendrás deseo de mirarme./ Recordarás el haberme esperado tanto,/ Y tendrás en los ojos un fugaz suspiro».

El poema dedicado a Alejandría es todo un manifiesto de amor a su ciudad natal. Al nombrarla quiere evitar que su memoria se diluya por la línea del horizonte: «Amores y sueños largos sobre alfombras».

En los «Himnos», el eje central de este apartado es el poema «La piedad», resultado de la experiencia religiosa. El poeta desearía desligarse de todo tipo de ataduras, de recuerdos, de imágenes, de símbolos, para desde su soledad llegar a la idea de Dios. Ungaretti se siente «exiliado entre los hombres», quiere ver el rostro de Dios, pero sólo se le puede percibir a través de su palabra. Una palabra que a veces es sólo silencio. Curiosamente un libro tan determinista se clausura con el apartado «El amor», en donde hay versos como, por ejemplo, «Y la cruel soledad/ Que cada uno descubre en sí mismo, cuando ama,/ Ahora tumba infinita/ De ti me divide para siempre.// Querida, lejana como en un espejo...» (en «Canción»).

Ungaretti, en su espacio arquitectónico del poema, desde la desnudez, concisión y precisión del primer libro y la métrica de este segundo, mezclaba la imaginación y la metáfora vanguardista con los sentimientos humanos. Depuraba todos los elementos lógicos, discursivos y ornamentales. Él mismo escribió en la nota prologal a *La alegría*: «Sus poesías representan sus tormentos formales, pero quisiera que se reconociese de una vez que la forma le atormenta sólo porque la exige adherente a las variaciones de su ánimo, y, si, algún progreso ha hecho como artista, quisiera que indicase también alguna perfección alcanzada como hombre».

El poeta hispano-mexicano Tomás Segovia, que preparó una edición de *Sentimiento del tiempo*, comenta algo muy interesante con respecto a las acusaciones que Ungaretti recibía de ser un autor preciosista y hermetista: «Se comprende mal cómo una poesía puede ser, al mismo tiempo, desnuda y hermética, concisa y preciosista».

Después de que Mondadori reunió en *Vida de un hombre* (1942) su obra completa y, en el año 1945, aparecieron sus *Poesías dispersas*; en 1947 sale a la luz *El dolor*, reuniendo poemas que van desde 1937 a 1946. Poemas escritos a la memoria de su hijo muerto en el Brasil en donde se refleja ya no la incertidumbre de la vida, la melancolía, la nostalgia del tiempo pasado, el sentimiento de la muerte, etc., sino el dolor físico que ni siquiera cura. Y si antes era la oscuridad la que hacía perder el alma, ahora es la «nada que aniquila el pensamiento». Este poemario abarcaba: «Lo

he perdido todo» (1937), «Día a día» (1940-1946), «El tiempo es mudo» (1940-1945), «Roma ocupada» (1943-1944) y «Los recuerdos» (1942-1946). En «Roma ocupada», Ungaretti mostraba su incertidumbre por el rumbo destructivo de la humanidad. Uno de los poemas más bellos y significativos es «Río mío tú también»: «Río mío tú también, Tíber fatal,/ Mientras la noche ya turbada pasa;/ Ahora que persistente/ Y que esforzadamente arrojada por la piedra/ Un quejido de corderos se propaga/ Perdido por las calles aterrorizadas;/ Que la espera del daño sin sosiego/ Es el peor de los males/ Que la espera de un daño imprevisible/ Entorpece el alma y los pasos;/ cuando sollozos infinitos, y largos estertores/ hielan las casas guaridas inciertas; Ahora que pasa una noche ya desgarrada...». En «Los recuerdos» son los muertos el asunto central. En el poema «No gritéis más» escribe: «Dejad de matar a los muertos,/ No gritéis más, no gritéis/ Si aún los queréis oír,/ Si esperáis no perecer.// Tienen el imperceptible susurro./ No hacen más ruido/ Que el crecer de la hierba./ Feliz donde no pasa el hombre».

*La tierra prometida* apareció en el año 1950 en Mondadori, después de que un año antes saliera a la luz su primer libro en prosa, *El pobre de la ciudad*, reeditado en 1961 con el añadido de «El desierto y después». El mismo Ungaretti cuenta que la primera idea de este libro la tuvo en el año 1935 después de la composición de «Auguri per il mio compleanno», que está en *Sentimiento del tiempo*. En ese poema escribía: «Velez juventud de los sentidos/ Que me tienes en lo oscuro de mí mismo/ Y consientes las imágenes al eterno,/ ¡No me dejes, quédate, sufrimiento!». Este libro se abre con una «Canción», describe el ánimo del poeta y no está recogida en esta antología.

En este poema, como en casi todo este libro, «cantaba el otoño, un otoño maduro, del que se aleja para siempre el último signo de juventud, de juventud terrenal, el último apetito carnal». De la misma manera que la vida se va disolviendo en sí misma, el poema lo hace «en este desprendimiento y da, como primer movimiento estrófico, un disolverse lentísimo, casi inadvertible, un lentísimo olvido en una ebriedad lúcida». «Desnudos los brazos saciados de secretos./ A nado han revuelto el fondo del Letes./ Han desatado despacio las gracias impetuosas/ Y los cansancios donde el mundo fue luz». Agotada la experiencia carnal, una manera de conocimiento, se adentra en otra, la de conocerse, «ser desde el no ser, ser desde la nada, es el conocerse, pascalianamente, que se es desde la nada». «Horrible conocimiento», como subraya el autor. Se quiere huir del pasado, pero siempre se vuelve a él. El poeta italiano concluye el comentario de este poema haciendo referencia a la transferencia de los motivos de inspiración desde la esfera de la realidad de los sentidos hasta la esfera de la realidad intelectual. «En cierta época de su existir, uno puede haber tenido la sensación

de que la actividad mental sustituye a cualquier otra: el límite de la edad es límite. No sea límite, puesto que la poesía no está hecha nunca sin la obra también de los sentidos». «Nada pareció más nuevo que el camino/ Donde el espacio jamás se degrada/ Por luz o tinieblas u otro tiempo».

En «De una persona muerta de la que me encariñé al oír hablar de ella», Ungaretti renueva su tema sobre el pasado, la ausencia, la muerte. Amar es un signo de humanidad, amar no sólo a personas que conocimos y con las cuales convivimos, sino también a aquellas desconocidas que ni conocimos ni podremos conocer pues ya están muertas. En realidad el poema canta a la juventud perdida, a su melancolía. Ha pasado tanto tiempo que es como alguien desconocido al que sólo se le puede amar a través de los objetos que le fueron suyos («los pensamientos tuyos que reencuentras entre los objetos familiares»). La juventud, la esbelta belleza de Abril, «De quien te quiso y perdidamente/ A amarte sólo en el recuerdo/ Está ahora condenado».

Pero quizás el poema central de *La tierra prometida* es «Coros descriptivos de estado de ánimo de Dido». Diecinueve coros que quieren describir dramáticamente «el alejamiento a través de una persona, de las últimas vislumbres de juventud, o a partir de una civilización, dado que también las civilizaciones nacen, crecen, decaen y mueren». Dido es abandonada por Eneas, lo mismo que la pasión abandona el cuerpo. «¿Las imágenes de qué me sirven/ Si he sido olvidada?».

El «Recitativo de Palinuro» (tampoco incluido en esta *Antología*) evoca otro episodio de la *Eneida*, la desaparición por la borda del piloto. Escrita en sextetos, narra la lucha por salvar su cuerpo de las fuerzas de la naturaleza y cómo, al final, queda transformado en roca para indicar «la vanidad de todo, esfuerzos, alicientes: de todo lo que depende de la mísera terrena vicisitud histórica del hombre».

Este libro se completaba con otros poemas. «Variaciones sobre nada» (aquí tampoco incluido), «la duración terrena más allá de la peculiaridad de las personas»; «Secreto del Poeta» y «Final». En «Secreto del Poeta», Ungaretti confiesa que «sólo tengo por amiga la noche», la soledad, la intranquilidad, la incertidumbre, todo aquello que cuando nace la luz le ilumina temporalmente hasta que, de nuevo, regresa la noche. «Final» en donde nuevamente evoca la soledad y el desierto; el mar, el ser más vivo, también queda al fin detenido en la pupila de quien lo observa, ambos mueren a la vez.

*Un grito y paisajes* apareció en 1952 ilustrado por Morandi. Reunía los poemas escritos entre 1939 y 1952. Si bien la obra poética de Ungaretti está ya perfectamente armada, el viejo poeta, sin salirse de sus asuntos, vuelve a sorprendernos con poemas como el titulado «Pequeño monólogo»

en donde inicia una despedida terrenal revisando, recontando, describiendo y repensando su vida a través de un largo viaje elegiaco por su memoria. Es su propio viaje final que se confunde con el viaje a través de la historia intemporal que ha pasado también a ser suya propia. «El recordar es de vejez señal,/ Y hoy algún peldaño he recordado/ De mi largo habitar sobre la tierra». En uno de los versos finales hace esta última reflexión: «No hay, otra cosa no hay sobre esta tierra/ Más que un indicio de la verdad/ Y la nada del po'vo». En otro apartado de este libro, «Gritaste: Me ahogo», retoma el asunto de *El dolor*, la muerte del hijo que, paulatinamente, reabre su herida poética. Es uno de los poemas más desgarrados.

*El cuaderno del viejo* (1952-1960), el último libro publicado en el año 1960 que formaría parte de toda su obra poética completa aparecida nueve años después en Mondadori bajo el título de *Vida de un hombre*, plantea la interrogante del fin, del más allá, de cómo se materializa la muerte. No se recrea en su aparición, sino asumida, se intenta explicarla. ¿Cómo es uno después de la muerte?, ¿cómo se fue de joven, de viejo? ¿Hay memoria, imágenes, existe el recuerdo?: «Cruzamos el desierto con los restos/ De una imagen anterior dentro de la mente» («Últimos coros para la tierra prometida»). ¿Es un viaje o se está estático?, «Hacia una meta se huye:/ ¿Quién la conocerá?». Y en otro fragmento de los «Últimos coros...» se pregunta por si nos olvidaremos de los vivos y ellos de nosotros: «Si vosotros, muertos míos, y los pocos vivientes que amo,/ No volvéis a mi recuerdo/ Para aliviarme/ Cuando me encuentre, comprendo, solo en la tarde». Todas estas preguntas quedan sin respuesta, lo cierto es que un beduino, hurgando con su bastón encontrará «una osamenta blanquísima» y «solos caminábamos entre la ruina».

### Alguna bibliografía consultada en italiano y en español

Papini en *Il Resto del Carlino* (febrero, 1917). Alberto Savinio en *La vraie Italie* (mayo, 1920). Benito Mussolini, prólogo al *Porto Sepolto* (La Spezia, 1923). G. de Robertis en *Sentimento del Tempo* (1934) y en *Scrittori del Novecento* (Florencia, 1940). Orestes Macrí, *Esemplari del sentimento poetico contemporaneo* (Florencia). G. De Robertis, *Sulla formazione della poesia di Ungaretti*, prólogo a la *Poesie disperse* (Milán, 1945). Pasolini en un número dedicado, en la revista *Fiera letteraria*, a Ungaretti, febrero de 1953. E. Falqui en *Novecento letterario*, II (Florencia), se reunieron testimonio de escritores extranjeros amigos como Char, Eliot, Elytis, Guillén, Jouve, Paz, Pound, Perse, Supervielle, etc. E. Sanguineti, *Tra liberty e crepuscolarismo* (Milán, 1961). Mario Luzi, *Omaggio a Ungaretti* en la revista *L'Approdo letterario* n.º 57. Andrea Zanzotto en el *Dizionario critico della letteratura italiana* (UTET, volumen III. Torino). J. M.ª Castellet, Ángel Crespo, Odiseas Elitis y José Ángel Valente en el número monográfico del suplemento Culturas de *Diario 16* (13 de febrero de 1988). *El artista en la sociedad contemporánea*, G. Ungaretti (UNESCO, 1954). *El dolor* (Escélicer, 1958).

*Antología* (Fabril Editores, Buenos Aires, 1962). *Vida de un hombre*, G. Ungaretti (Monte Ávila, Caracas, 1977). *Sentimiento del tiempo*, G. Ungaretti, traducción y prólogo de Tomás Segovia (La nave de los locos, Madrid, 1981). *Vida de un hombre*, G. Ungaretti, antología, traducción de Gianna Prodan y Miguel Galanes, referencia que se toma en este texto.

**César Antonio Molina**

